MANUEL GOMEZ MORENO EN LA PERSPECTIVA DEL 98 *

A Manuel Gómez Moreno, muerto a la edad de cien años en 1970 (1), se le ha dedicado un número relativamente reducido de artículos si lo comparamos con la abundancia de trabajos y homenajes suscitados por su compañero contemporáneo y amigo Ramón Menéndez Pidal (2).

Se pueden avanzar varias explicaciones a esta penuria, empezando por el desinterés casi general de los medios hispanistas por la Historia del Arte y por la falta de información de muchos historiadores de Arte que no pasaron casi nunca en sus artículos dedicados a Manuel Gómez Moreno de lo mero anecdótico y de apuntes de tipo reseña bibliográfica, todo ello consecuencia de la excesiva parcelación de nuestro saber actual. La abundancia y la variedad pasmosa de sus temas de investigación y la indiferencia que manifestaba hacia los honores desafían los acostumbrados criterios de

---

* Este texto es la ampliación de la comunicación leída en el V Congreso Internacional de Hispanistas en Burdeos, el 6 de septeimbre de 1974, con el título «Manuel Gómez Moreno y el 98».

(1) Con motivo del centenario de Manuel Gómez Moreno se publicó su bibliografía: «Bibliografía de D. Manuel Gómez Moreno, homenaje en el centenario de su nacimiento», por su hija María Elena Gómez Moreno, con la colaboración de Jesús Bermúdez Pareja. Publicado por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y la Fundación Rodríguez Acosta. Madrid, 1970.

La revista «Insula» había consagrado gran parte de sus páginas a Gómez Moreno, primero en 1951 (n.º 68, 15 de agosto de 1951), y luego en 1960 con motivo de sus noventa años (n.º 169, diciembre 1960), antes del número 280 de marzo de 1970, que fue el del centenario (véase nota 7).

(2) Entre los cuales figuran varios números extraordinarios de revistas dedicados a Menéndez Pidal, por ejemplo, el de «Revista» (Instituto «José Cornide» de Estudios Coruñeses), «Homenaje a D. Ramón Menéndez Pidal», año IV, n.º 4, La Coriuña, 1968, y el importante tomo de «Cuadernos Hispanoamericanos», n.º 238-240, Madrid, octubre-diciembre 1969.

Citemos también el interesantísimo de Dámaso Alonso: «Menéndez Pidal y la cultura española», conferencia pronunciada por don Dámaso Alonso el día 9 de diciembre de 1968 en homenaje a la memoria de don Ramón Menéndez Pidal, Instituto «José Cornide», La Coruña, 1969.

El pequeño volumen de Carmen Conde: «Menéndez Pidal», Col. Grandes escritores contemporáneos, n.º 5, Unión Editorial, Madrid, 1969, pone la personalidad y la obra del escritor al alcance del gran público.

tipo universitario y, por otra parte, quizá porque siendo sobre todo hombre de acción, siempre preocupado de seguir para adelante, don Manuel nunca intentó expresar sus ideas en un sistema; era muy difícil intentar dar una idea cabal de su obra y buscarle coherencia.

Entre los que mejor dieron cuenta de su personalidad y de sus trabajos citaremos a su discípulo Enrique Lafuente Ferrari en *Mi don Manuel Gómez Moreno* (homenaje al maestro en sus noventa años) (3) y Julio Caro Baroja en *Don Manuel al hilo del recuerdo* (Gómez Moreno en su centenario vivo) (4), mientras Rafael Lapesa, en otro interesante artículo, insistía sobre el aporte de don Manuel a la historiografía y a la lingüística (5), dominio en el cual colaboró con Menéndez Pidal. Otro artículo de Juan Antonio Gaya Nuño, titulado *Ante el centenario de Gómez Moreno. Historia de sus libros,* sitúa a Gómez Moreno en la tradición de los grandes tratadistas de arte desde Pacheco (1564-1644) y Palomino (1655-1726) hasta Ponz (1725-1792) y Ceán Bermúdez (1749-1829) valorando el conjunto de su obra incluso en su aspecto literario (6).

Me pareció que al incluir a Gómez Moreno dentro de los hombres del 98 (7) (como se ha hecho también para Menéndez Pidal), Lafuente daba pie a una tentativa interesante de explicación de su trayectoria y de su obra; pero me parece necesario rechazar la idea de generación que es demasiado parcial e insuficiente para dar cuenta de aquel extraordinario movimiento de intento de regeneración y de preocupación por el problema de España, que empieza mucho antes del 98 y se manifiesta en los escritos de autores tan diversos como Menéndez y Pelayo, Clarín, Costa, Ramón y Cajal.

En efecto, veremos que si Manuel Gómez Moreno tuvo amistad con escritores catalogados como típicos representantes del 98, como Ganivet y Unamuno, y tiene parentesco espiritual con ellos y

---

(3) Enrique Lafuente Ferrari: «Mi Don Manuel Gómez Moreno» (Homenaje al maestro en sus noventa años), en «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», tomo 68, I, 1960, páginas 289-319.

(4) Julio Caro Baroja: «Don Manuel al hilo del recuerdo» (Gómez Moreno en su centenario vivo), en «Boletín de la Real Academia de la Historia», tomo CLXVII, cuaderno II (1970), pp. 117-132. Incluido luego en el volumen de Julio Caro Baroja: «Semblanzas ideales», Taurus, Madrid, 1972, pp. 245-262.

(5) Rafael Lapesa: «Don Manuel Gómez Moreno» (1870-1970), en «Boletín de la Real Academia Española», año LVIII, tomo L, septiembre-diciembre 1970, cuaderno CXCI, pp. 398-409.

Más anecdótico, pero muy interesante también, es el artículo de Antonio Tovar: «Mi maestro don Manuel Gómez Moreno», en «Boletín de la Real Academia Española», año LIX, tomo LI, cuaderno CXCII, enero-abril 1971, pp. 67-82.

(6) Juan Antonio Gaya Nuño: «Ante el centenario de Gómez Moreno. Historia de sus libros», en Archivo Español de Arte, tomo XLII, n.º 165, enero-marzo de 1969.

(7) Enrique Lafuente Ferrari: «Don Manuel Gómez Moreno, un centenario del 98», en «Insula», n.º 280, marzo 1970, p. 1.

algunos más, tuvo también muchos puntos de contacto con Facundo Riaño, Giner de los Ríos, Cossío y la Institución Libre de Enseñanza y que, como heredero de una larga tradición erudita —la de los tratadistas de arte desde el siglo XVII y de los grandes polígrafos del siglo XVIII—, es uno de aquellos sabios que tanto auge dieron a la cultura española de los últimos decenios del siglo XIX y primeros del XX (Ramón y Cajal, Asín Palacios, Ribera, Menéndez y Pelayo...) y cuyo detenido estudio pondría de relieve la importancia enorme que tuvieron en el movimiento regeneracionista, aunque Laín Entralgo piensa (erróneamente en mi opinión) que «el tono distintivo del 98, tal como suele entenderse esta denominación, lo dan los literatos, no los sabios» (8). Hay que subrayar la frase «cómo suele entenderse esta denominación», porque parece indicar un recelo del autor frente a los límites de este concepto; en efecto, ya el mismo Laín Entralgo, si tuvo un enfoque adecuado al dar el título de *España como problema* a sus dos interesantes tomos de ensayos publicados en 1956, parece extraviado por la idea de las generaciones sucesivas que le obligó a buscar divisiones poco adecuadas, diluyendo así el tema en multitud de facetas y quitándole coherencia.

De trabajos más recientes, como el de María Dolores Gómez Molleda (9), se desprende la idea de que hay muchos puntos de vista comunes entre hombres pertenecientes a lo que antes se llamaba generación del 98 e institucionistas y hasta personalidades consideradas como reaccionarias como Menéndez y Pelayo.

Por otra parte, sería imprescindible relacionar todas estas inquietudes con las que se expresaban en Cataluña en la época llamada del modernismo.

Mientras tanto se conserva, pues, el concepto de 98 porque es práctico y evocador, pero sólo en su sentido más amplio, como símbolo de aquella preocupación por España y de las inquietudes fervorosas, de las cuales el desastre fue en cualquier modo el catalizador. A la luz de este concepto se intentará dilucidar algunas componentes de una personalidad tan compleja y tan rica como la de don Manuel Gómez Moreno, insistiendo sobre todo en su sentido de la historia y su concepto de lo español, temas, en mi opinión, capitales para el estudio de las inquietudes españolas de aquella época.

---

(8) Pedro Laín Entralgo: «España como problema», Aguilar, Madrid, 1956, tomo I, p. 120. De este libro se habían publicado anteriormente en la Colección Austral los ensayos sobre «Menéndez Pelayo» (n.º 1077, 1952) y «La Generación del 98» (n.º 784, 1.ª edición, 1947).

(9) María Dolores Gómez Molleda: «Los reformadores de la España contemporánea», BSIC, Madrid, 1966.

Pero antes hay que hablar de la amistad que unió a Manuel Gómez Moreno primero con Ganivet y luego con Unamuno, así como de sus relaciones con la Institución Libre de Enseñanza.

A Ganivet le conoció en la Universidad de Granada y en un artículo titulado *Angel Ganivet estudiante* (10), publicado en 1952 en *Clavileño,* da el balance y los recuerdos de aquella amistad. Sus relaciones en la Universidad duraron dos años hasta que, obtenida la licenciatura en Letras en junio de 1888, Ganivet marchó a Madrid para doctorarse. Aunque mayor que Manuel Gómez Moreno, Ganivet sólo llevaba un año de estudios en la Universidad al entrar aquél. (Ganivet se había retrasado en sus estudios, primero, por un accidente que le inmovilizó cuando joven y, luego, por las malas condiciones familiares que le llevaron a ser escribiente en una notaría.) Ambos se encontraban en las clases de griego de don Manuel Garrido. En este artículo, «Ganivet aparece visto por un condiscípulo, en cuyo recuerdo están grabados los rasgos extraños de aquella potente personalidad en ciernes, con noticias biográficas directas y significativas» (11). Nos da de él un retrato muy vivo: «Su figura entonces nada tenía de gallarda. Vestía de claro, género catalán; llevaba rasurado el bigote y dejaba una sotabarba que le daba aspecto de cochero, así como su nariz débil, de caballete aplastado, su cargazón de espaldas y algo de prognatismo, le acercaban a lo simiesco. ¡Bien ganó luego dejándose la barba, como aparece en el hermoso y exacto retrato de Pepe Almodóvar! Era muy corpulento, fumaba de continuo malos cigarros en boquilla de cerezo y llevaba un bastón de cayado, unas veces debajo del brazo y otras derecho y golpeando el suelo como bastón de ciego; tenía ojos claros de mirar dulce y penetrante, y su sonrisa inalterable atraía como transparentando limpieza de alma» (12). Intimaron pronto y se tutearon a pesar de la diferencia de medio social. Luego, en el verano de 1887, Gómez Moreno iba al molino de Ganivet a repasar griego. Siempre Ganivet le mandó sus libros y en 1897 se volvieron a encontrar en Granada, donde Ganivet regaló a don Manuel su *Idearium* y después ya no volvieron a verse. En su juicio sobre su amigo, Gómez Moreno insiste sobre «el lastre revolucionario que llevaba dentro y que despertó con visiones geniales al arrobo de lo extranjero, sobre sus recuerdos juveniles... libre de bachillerías eruditas a lo español, y anticipándose a nuestra crisis social tan profunda de fines de siglo» (13).

---

(10) Manuel Gómez Moreno: «Angel Ganivet, estudiante», en «Clavileño», marzo-abril, n.º 14, Madrid, 1952, pp. 1-4.

(11) Rafael Lapesa, art. cit., p. 407.

(12) Manuel Gómez Moreno, art. cit., p. 2.

(13) Manuel Gómez Moreno, texto inédito.

En cuanto a Unamuno, anudó estrecha relación con él cuando exploraba la provincia de Salamanca para la redacción del famoso *Catálogo Monumental* (14) y dio cuenta de aquella amistad en un artículo que quiso publicar anónimamente: *El Unamuno de 1901 a 1903 visto por M.* en el *«Boletín de la Cátedra Miguel de Unamuno»* en 1951 (15). De este artículo hecho a base de fragmentos de correspondencia de aquella época, cuando desde Salamanca don Manuel escribía a su novia y a su padre, se desprende su falta de prejuicios y su firmeza al no querer preocuparse de los odios suscitados por Unamuno, entonces Rector de la Universidad de Salamanca; apreciando su inteligencia y sus cualidades personales, sin dejar por eso de juzgar con cierto humorismo e ironía sus extravagancias y su falta de naturalidad en cuanto se encontraba en público. Según él, «Unamuno fue un chiquillo con zapatos nuevos para lucirse ante auditorios; pero, hurgándole, aparecía un alma ansiosa de rectitud y amor hacia lo que constituye las esencias de humanidad más dignas» (16). Y recuerda cómo le apareció en noviembre de 1901 «al doblar una esquina —¡plaf!— el rector en cuerpo, alma, gafas y paraguas» (17). Hay que notar la irónica alusión a las inquietudes metafísicas de Unamuno. Esta relativa falta de respeto hacia él y el denunciar «la afectación de rebuscamientos espectaculares que constituyeron su manía de publicista» (18), no le impidió considerarle como «nuestro gran revolucionario» y coincidir con él en muchos puntos de vista; así su pasión por España y su desconfianza hacia lo extraño. Hasta confiesa —y no sin cierta ironía hacia sí mismo— que don Miguel consiguió en el año 1901 contagiarle con sus interrogaciones metafísicas y llevarle hasta una crisis íntima (19). Pero no compartía su deseo de lucirse y sus ilusiones políticas y sabemos que si durante casi un año, en los últimos años del reinado de Alfonso XIII, tuvo el cargo de la Dirección General de Bellas Artes, fue, sobre todo, a instancias de su amigo Elías Tormo, que fue entonces Ministro de Instrucción Pública. Según su hija María Elena, aquella única experiencia de ac-

---

(14) Gómez Moreno hizo los volúmenes del «Catálogo Monumental» dedicados a las provincias de Avila, León, Salamanca y Zamora, pero ninguno de ellos se publicó en la época en la que fue redactado. El de Avila, escrito en 1903, comenzó a publicarse parcialmente en 1913, y sigue hoy todavía inédito (excepto algunos fragmentos); el de León, redactado de 1906 a 1908, se publicó en 1925; el de Zamora, escrito entre 1903 y 1905, salió en 1927, y el de Salamanca, escrito de 1901 a 1903, sólo llegó a publicarse en 1967.

(15) «El Unamuno de 1901 a 1903 visto por M...», en «Boletín de la Cátedra Miguel de Unamuno», Salamanca, 1951, pp. 13-31.

(16) Ibidem, p. 13.

(17) Ibidem, p. 16.

(18) Ibidem, p. 13.

(19) Ibidem, p. 17.

ción política le dejó escarmentado para siempre y hasta con trastornos de salud (20).

Otras alusiones de don Manuel a su amistad con Unamuno se pueden encontrar en el preámbulo que hizo al libro de Fernando Chueca, *La catedral nueva de Salamanca,* publicado en Salamanca también en 1951 (21). Recuerda cómo había conseguido contagiar a Unamuno con su interés por el arte y cómo el maestro, una tarde, le ayudó a limpiar fragmentos de obras de Nicolás Florentino encontrados en la Capilla Mayor de la Catedral vieja. También cuando en la Universidad encontró en un pequeño sótano cuatro estatuas de Felipe de Borgoña y un trozo de la predella pintada por Juan de Flandes acudió Unamuno y para festejarlo le convidó a comer a su casa.

Recuerda que para el rector de Salamanca eran entonces momentos de crisis. «Acababa de publicar su *Amor y Pedagogía,* doliéndose del poco éxito con que era acogida. Un año antes tomaba el chocolate con los frailes de San Esteban cada tarde y dialogaba con el obispo. Su inquietud religiosa le acuciaba; quizá pretendió hacer buenas sus ideas, más o menos peligrosas, ante la ortodoxia y fracasó con alejamiento de ella, más espectacular que íntimo, quedando en situación desairada; pero sin rozarse con la extrema izquierda, representada allí por el manco Dorado, y lejísimos del integrismo de Gil Robles, que excomulgaba por liberal al obispo. Unamuno se retrajo a un círculo de amigos limitadísimos, con quienes vagaba por carreteras y por la plaza a la caída de la tarde» (22). Entre estos amigos figuraban un catedrático, don Luis Maldonado, y los hermanos Rodríguez Pinilla.

Recuerda luego cómo una tarde leían sentados en una plazoleta de las afueras la poesía de Gabriel y Galán titulada «El Cristo Benditú», y cómo él les habló a este propósito de un crucifijo románico que habían sacado de un gallinero en San Juan de Barbalos. Luego fueron a verlo y de ello salió una poesía de Unamuno inspirada en el crucifijo. Era el momento en el cual Gabriel y Galán era apenas conocido aún.

Alude luego a los artículos sobre crítica americana, que Unamuno hacía para mejorar sus ingresos —entonces muy modestos— a los

---

(20) Entrevista de Juan Ramírez de Lucas, «Don Manuel Gómez Moreno, cien años fecundos», en «Bellas Artes 70», n.º 1, primer semestre 1970, pp. 47-53.

(21) Fernando Chueca Goitia: «La Catedral Nueva de Salamanca», historia documental de su construcción. Acta Salmanticensia, filosofía y letras, tomo IV, n.º 3. Universidad de Salamanca, Moreno se ha vuelto a publicar en el volumen de Manuel Gómez Moreno, «Retazos», CSIC, 1951. Con otro título, «Salamanca a principios del siglo»; este texto de Gómez Madrid, 1970, pp. 329-333, en el cual, con motivo del centenario de don Manuel, se reunían textos de difícil acceso.

(22) Manuel Gómez Moreno: «Retazos», p. 331.

dibujillos que hacía del natural «con gracia y sentido observador agudo, pero rehuyendo de la disciplina académica». Unamuno también se entusiasmó por las pizarras de Lerilla que estudiaba don Manuel y más tarde, hablando de ellas en el café, consiguió que le llevasen una pizarra goda con letra cursiva que luego regalaría a don Manuel al volver éste por pocos días a Salamanca en 1903.

A este propósito, parece interesante destacar como punto común entre don Manuel y estos dos escritores, Unamuno y Ganivet, que fueron amigos suyos, una fuerte preocupación por el lenguaje y los problemas lingüísticos. Ya sabemos que el siglo XIX fue la época del advenimiento en Europa, y, sobre todo, en Alemania, del interés por la lingüística. Así, por una parte, la introducción de los estudios lingüísticos en España era un factor decisivo para ponerla al nivel cultural de los demás países europeos y, por otra, el acercamiento al fenómeno lingüístico permitía una investigación sobre la originalidad peculiar del pueblo español y de las lenguas vernáculas de los distintos grupos que lo componen.

Notamos, pues, que la tesis leída por Ganivet en la Universidad Central de Madrid el 28 de octubre de 1889, para doctorarse en Filosofía y Letras, se titulaba *Importancia de la lengua sánscrita y servicios que su estudio ha prestado a la ciencia del lenguaje en general y a la gramática comparada en particular* (23), y que en su introducción expresa ideas sobre la Historia muy afines a las que encontraremos diseminadas por la proteica obra de Manuel Gómez Moreno; así, la idea de una mudanza radical de la Historia y de la sustitución de «las narraciones de hechos dispuestos en orden cronológico» por un «cuadro animado de la sociedad» y un concepto muy amplio del campo de la Historia, atendiendo no sólo al «círculo mezquino de los hechos *externos*», sino a «la vida interna de las naciones consideradas como forma transitoria de una misma esencia, el linaje humano».

Así entendido lo historiable abarca las religiones, las ciencias, las artes, las costumbres, las instituciones y la ciencia del lenguaje es la que precede a todas, ya que es «la ciencia que estudia la vida interna de las sociedades, siendo como el crecimiento sobre el cual descansa la historia crítico-fiosófica». Ganivet destaca también en este texto la necesidad para el estudio de las civilizaciones pasadas del conocimiento directo de las fuentes, cuya llave viene siempre a ser en último término el lenguaje escrito.

---

(23) Angel Ganivet: «Obras completas», Madrid, Aguilar, 1951, pp. 875-910. Véase sobre todo pp. 875-877.

¿Y Unamuno? Para él, «El lenguaje es el fundamento de la sociedad y de la sociabilidad», y llegamos en seguida a la Historia: «¿Y la historia? ¿Es obra de la raza?, ¿de la sangre?, ¿del territorio? ¿Es etnografía?, ¿es geografía?, ¿es antropología, entendiendo por *ántropos* u hombre, el animal zoológico? La raza, claro está, en el sentido mismo en que emplean esta palabra los ganaderos de reses de todas clases, y, entre ellas, el averío. Pero la historia no es eso, sino que es, en esencia, palabra» (24).

En un ensayo de Gómez Moreno (25), sobre el cual volveremos en adelante, encontramos lo siguiente: «El señorío humano tiene su órgano peculiar de manifestarse colectivamente en la palabra. El lenguaje hablado es uno de los arcanos más inexplicables al sondearlo». Y añade más lejos: «Sabemos que la palabra, imagen del intelecto en vías de transmisión, es el órgano social por excelencia» (26). Como consecuencia natural viene el interés por la palabra escrita, no sólo «la escritura, transcripción del lenguaje con miras de divulgación», sino también la elaboración literaria que le permite expresar «las emociones recogidas por nuestro espíritu» (27).

Así se explica mejor la actividad llevada a cabo por don Manuel, primero en el estudio de las primitivas lenguas y alfabetos hispánicos (28) —demostró que había en España los más antiguos alfabetos de la cuenca mediterránea y estableció la distinción entre una lengua y un alfabeto ibéricos, en Levante, y una lengua y un alfabeto tartésicos, en el Sur, logrando fijar los valores fonéticos del alfabeto levantino—, y que se completó luego en la historiografía medieval (29), conforme a los deseos que vimos expresados en el texto de Ganivet citado más arriba. Según testimonio de Julio Caro Baroja, «El amor, la pasión de Gómez Moreno por los temas medievales, le llevó a estudiar no sólo los monumentos más enigmáticos, sino también textos de una gran rareza de importancia a la par. Glosas mozárabes,

---

(24) Miguel de Unamuno: «Obras Completas», Afrodisio Aguado, Madrid, 1958, p. 679.

(25) Manuel Gómez Moreno: «Guía de Humanidad», Madrid, 1953. Este texto, redactado de 1936 a 1938, se publicó en una tirada de 100 ejemplares en 1953 y se encuentra también en «Retazos», pp. 419-452.

(26) Ibidem, pp. 435-436.

(27) «Retazos», p. 402.

(28) Los principales trabajos de don Manuel sobre estos temas son: «De epigrafía ibérica: el plomo de Alcoy» (1922), «Sobre los iberos y su lengua» (1925), «Las lenguas hispánicas» (1942), «La escritura ibérica y su lenguaje» (1943), «La desinencia it, a propósito de Madrid» (1946), «Suplemento de epigrafía ibérica» (1948).

(29) Se sabe que don Manuel entregó su transcripción de las «Glosas Emilianenses» a Menéndez Pidal y que le ayudó en la revisión de sus lecturas para los «Orígenes del Español» (1926). De su importantísima aportación a la historiografía española cabe destacar su «Introducción a la Historia Silense», con versión castellana de la misma y de la crónica de Sampiro, Centro de Estudios Históricos, Madrid, 1921, y su edición crítica «De la Guerra de Granada», comentarios por don Diego Hurtado de Mendoza, «Memorial Histórico español», tomo XLIX, Madrid, 1948, con un interesantísimo preámbulo.

glosas emilianenses, anales, inscripciones oscuras, fueron publicadas por él con su proverbial escrupulosidad y concisión. En los *Orígenes del español,* de don Ramón Menéndez Pidal, puede apreciarse —en parte—, lo que significó su aportación a este respecto. Es también dentro del campo del medioevalismo, en el que la colaboración y amistad entre los dos maestros halló mejor terreno» (30). En efecto, aunque tenían temperamentos muy dispares, tenían muchos puntos de vista comunes y, sobre todo, a partir de 1910, cuando don Manuel fue nombrado director de la sección de arqueología del recién creado Centro de Estudios Históricos, se estableció entre ellos una amistad y un compañerismo que iban a durar medio siglo. Su común conocimiento de los textos antiguos, así como de las crónicas medievales les había reforzado en la idea de que hay algo unitario y constante en la vida de los hombres que nacen y mueren en la península a lo largo de los siglos, idea muy bien expresada en los escritos de Menéndez Pidal y que se encuentra subyacente en la obra de Gómez Moreno encajando, además, muy bien en el concepto hegeliano de la Historia como *Entwicklung,* o sea, como despliegue o desarrollo, concepto muy del siglo XIX y que se encontraba ya en la obra de su predecesor Marcelino Menéndez y Pelayo.

En el caso de Menéndez Pidal, Dámaso Alonso ha hecho observaciones muy agudas sobre los puntos comunes entre él y Menéndez y Pelayo (31); y a propósito de Gómez Moreno, Lafuente Ferrari subrayó que «al hablar en despectivo de *librotes alemanes,* más bien continuaba la línea de Menéndez y Pelayo juvenil, cuando quería apartar de sí *las nieblas germánicas*» (32). La enorme personalidad del santanderino no podía menos de dejar su huella en la generación siguiente, formada según su deseo, no en los cafés, sino en las bibliotecas. Se volverá a hablar de Menéndez y Pelayo a propósito del concepto de *Volksgeist* o espíritu del pueblo, otro punto común entre su obra y la de Gómez Moreno; pero de momento hay que subrayar cómo una de las grandes lecciones que sus admiradores recogieron de sus trabajos fue el soplo casi poético con el cual vivificaba su reconstrucción erudita del pasado (33).

Más importantes todavía parecen las afinidades entre Gómez Mo-

---

(30) Julio Caro Baroja: «Semblanzas ideales» (véase nota 4), p. 252.

(31) Dámaso Alonso: art. cit. (véase nota 2), pp. 10-14.

(32) Enrique Lafuente Ferrari: art. cit. (véase nota 3), p. 301.

(33) Véase Unamuno: «Mi maestro don Marcelino Menéndez y Pelayo, que es un elocuente poeta y lleva alma de tal a sus trabajos de reconstrucción erudita del espíritu de los tiempos pasados.» (Unamuno, «Obras Completas», tomo VI, p. 27. Texto fechado en 1905 e incluido en «Ensayos», Madrid, 1918, tomo VI, p. 93.)

reno y el grupo adscrito a la Institución Libre de Enseñanza (34). Primero, don Juan Facundo Riaño, granadino como él, le apartó de su ciudad natal para lanzarle a la tarea enorme del *Catálogo Monumental de España,* lo que le llevó a explorar a fondo cuatro provincias de Castilla: Avila, Salamanca, León y Zamora, cuyos cuatro catálogos fueron redactados todos entre 1901 y 1908. A la muerte de Riaño, le animó para seguir el Catálogo don Francisco Giner de los Ríos, también andaluz y muy relacionado con su familia, y luego Manuel Bartolomé Cossío, muy preocupado como es sabido por problemas de arte. Se conserva correspondencia de Gómez Moreno con ellos. Con ellos tenía muchos puntos de contacto: tendencias espirituales, inclinaciones y conocimiento profundo de España. Compartía su desinterés (sus discípulos han hecho notar cómo se desprendía de sus apuntes sobre tal o cual tema que interesaba a alguno de ellos), cierto ascetismo (hay que imaginar las condiciones inverosímiles, en las cuales hizo sus investigaciones para los catálogos) y también su afición a lo que podríamos llamar excursionismo, en el cual se reúnen dos componentes: por una parte, el interés por el arte y los monumentos, expresión sin par de la Historia, y, por otra parte, el amor a la naturaleza y al paisaje tal como aparece en escritores como Antonio Machado, Unamuno o Azorín. Así, lo mismo que Menéndez Pidal recorría la ruta del Cid, él conocía a fondo todos los pueblos y monumentos de Castilla. Había también otra componente que se añadía a aquel excursionismo: una fuerte preocupuación pedagógica; en efecto, aquellas excursiones en las cuales convivían maestros y discípulos eran un medio privilegiado para conseguir una de las metas esenciales para aquellos hombres eminentes, educar a sus discípulos en el amor al arte y a la belleza, que tenían un papel fundamental en la educación de la humanidad, según las ideas de Krause que había recogido Sanz del Río (35).

Esta fuerte preocupación pedagógica (36) explica en parte por qué Gómez Moreno, como Cossío, publicó menos cosas de lo que pudiera

---

(34) Véase Julio Caro Baroja, en «Semblanzas Ideales» (véase nota 4), los artículos reunidos en la tercera parte bajo el título «Hombres de la Institución: Don Francisco Giner y la España de su época» (antes publicado en «Insula», año XX, n.º 220, marzo 1965, páginas 3 y 16).

«Don Manuel B. Cossío o un crítico». «Don Alberto Jiménez Fraud o el servicio intelectual» (publicado en «Revista de Occidente», n.º 16, julio 1964, pp. 103-109), y María Dolores Gómez Molleda, op. cit. (véase nota 9).

(35) Sobre las ideas estéticas de Sanz del Río, véase Antonio Jiménez Landi, «La Institución Libre de Enseñanza» (I, Los orígenes), Taurus, Madrid, 1973, pp. 72-73.

(36) En los peores momentos, como la época de la guerra civil, en la cual redacta su «Guía de Humanidad» (véase nota 25), conserva la fe en el poder de la educación; es lo que, unido a su fe cristiana, le impide abandonarse al pesimismo.

«Educar es dirigir, encauzar hacia su recto uso nuestras facultades, refrenando los instintos bajos que las perturban... Difícil es procurarse buenos educadores; mas toda repú-

hacer: muchas veces dejaba sin redactar investigaciones interesantes, más preocupado de comunicación oral y de contacto directo con sus discípulos que de escritos. A partir de los años 1920 su seminario del Centro de Estudios Históricos se hizo famoso, difundiéndose sus trabajos por la revista *Archivo Español de Arte y Arqueología* (37), mientras Menéndez Pidal difundía los suyos por la *Revista de Filología Española.* También fue a dar conferencias a la Residencia de Estudiantes (38). Por otra parte, hay que subrayar en él el deseo de una cultura muy extensa, opuesta a una estrecha especialización, que es el mayor obstáculo a la comprensión inteligente de las cosas, ideal que fue luego el que animó a Alberto Jiménez Fraud en la Residencia de Estudiantes. Así, oponiéndose al pesimismo que se ha generalmente atribuido a los escritores del 98, la inmensa tarea de erudición y de educación que se desarrollaba en torno a la Institución Libre de Enseñanza con gente como Cossío, Menéndez Pidal y Gómez Moreno dilata un formidable optimismo.

Hombre de acción, investigador incansable, siempre preocupado de nuevos descubrimientos y también de educación, Gómez Moreno no se dedicó especialmente a expresar una teoría sistematizada de la Historia; quizá también porque dotado de una excepcional intuición le pareciera inútil dar aclaraciones sobre cosas para él evidentes; así, Lafuente Ferrari habló de su «subconsciente histórico» (39), lo que parece acertado para designar aquel sentido agudo de la historia como fluir del tiempo y como continuidad que se puede rastrear a lo largo de sus obras de varia índole. En la enorme empresa de los catálogos monumentales, redactados todos, como ya dijimos, entre 1901 y 1908 (y de los cuales sólo se publicaron el de León en 1925 y el de Zamora en 1927, y más recientemente el de Salamanca en 1967, quedando por publicar el de Avila), se puede observar el encuentro apasionado de Manuel Gómez Moreno con la Historia de España, y cómo mucho antes de la contestación de Claudio Sánchez Albornoz a Américo Castro (40) percibe la continuidad de aquella Historia desde las épocas más remotas, interrogando «los signos reli-

---

blica sabia debía elevarlos a la primera categoría social, cifrar en ellos su redención y esperar el día en que padres educados supieran aliviar por sí a los dirigentes, educando bien a sus hijos con su palabra y, sobre todo, con su ejemplo. Sólo entonces podrá la sociedad alcanzar la deseada meta.» («Retazos», pp. 446-447.)

(37) Luego separada en dos revistas distintas: «Archivo español de Arqueología» y «Archivo español de Arte».

(38) Véase el estudio preliminar de Luis G. de Valdeavellano en: Alberto Jiménez Fraud, «La Residencia de Estudiantes. Visita a Maquiavelo». Col. Horas de España, Ed. Ariel, Barcelona, 1972, p. 42.

(39) Lafuente Ferrari: art. cit., p. 303.

(40) Claudio Sánchez Albornoz: «España, un enigma histórico», 2 vol., Buenos Aires, 1956.

giosos indígenas» (41) de las inscripciones leonesas y notando la raíz céltica de un nombre encontrado en una estela sepulcral o estudiando detenidamente el trayecto de las vías romanas y notando cómo en el Bierzo, por ejemplo, no coincide exactamente con el camino de Santiago (42). Esta investigación en la continuidad de la Historia de España toma su mayor relieve con el estudio de los monumentos de la época mozárabe, al enfrentarse con la dualidad Oriente-Occidente presente en este arte cristiano primitivo, que le aparece como «complejo y desconcertado cual ningún otro de Europa» (43).

En este libro de *Iglesias mozárabes,* aparece en todo su esplendor esta nueva historia que acude a fuentes de toda clase, a la cual aludía Ganivet. En el preámbulo, don Manuel nos dice algo de su proceso de trabajo:

«Aparte las cuestiones técnicas, al irse fraguando este libro no ha podido menos de mirarse alrededor, en historias y pergaminos de aquellos siglos, en valores sociales, en datos de geografía, en indicios arqueológicos y hasta de observación folkloresca. Merced a ello, han ido poco a poco ensanchándose horizontes y surgiendo inesperadamente un concierto de ideas, con la explicación de problemas difíciles y enredos, y con una perspectiva más clara de siglos que nuestras historias, literalmente compuestas, ofrecen descarnados y sin alma» (45).

En efecto, encontramos muchas veces en don Manuel severas críticas contra la historia y los historiadores al uso y contra la crítica científica del siglo XIX, que apartó todo lo natural y se limitó a las sallas de una seca erudición:

«Si acudiste a libros serios inquiriendo tu abolengo, los títulos de posesión del suelo que pisas, milagro será si no se cayeron de tus manos. Y si en los cementerios que llamas museos buscaste la solusión del enigma ancestral, puedes darte por satisfecho si alcanzaste a reconocer cadáveres» (46).

Y en otra parte añade: «... lo científico se ha envuelto en su palio para ocultar desnudeces sabiamente. Como vive de su propia sustancia, no le pidas contactos vulgares con la historia, con la experiencia social...» (47).

---

(41) Manuel Gómez Moreno, «Catálogo Monumental de España. Provincia de León» (1906-1908). Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, Madrid, 1925, pp. 26-27.

(42) Ibidem, pp. 85 y ss.

(43) Ibidem, p. 127.

(44) Manuel Gómez Moreno: «Iglesias mozárabes». Arte español de los siglos IX a XI, 2 vols. Centro de Estudios Históricos, Madrid, 1919.

(45) Ibidem, preámbulo, pp. X y XI.

(46) «Retazos», p. 6 («La novela de España», Madrid, 1928.)

(47) Ibidem, p. 6.

Detrás de los hechos o de los documentos y monumentos, lo que le interesa es «el alma colectiva», «la esencia histórica», «la verdad que todos adoramos sin esperanza de alcanzarla». Ve a la historia de su tiempo como un árbol que a fuerza de podarlo se ha quedado seco y alrededor del cual hay que escarbar removiendo el suelo para que broten algunos vástagos. La Historia para él tiene dos metas: una intelectual, que es la comprensión, y otra sensible, que es el goce. Hay que revivir los siglos «a gusto del deseo» (48). El factor emocional es importantísimo:

«¿Qué es historia? Pues historia es una evocación capaz de elevar la temperatura unas cuantas décimas de grados en toda una colectividad. La medida de valores históricos está, por consiguiente, en la fuerza, persistencia y amplitud de la emoción; su fundamento radica en la psicología de la colectividad, quedando para segundo término, como garantía de eficacia, el que la materia histórica sea consistente, es decir, que sea verdadera, en cuanto verdad es para ella lo irrecusable» (49).

De allí la idea original de don Manuel de escribir un libro titulado *La novela de España* (50) publicado en 1928, del cual dice que podía también haberle dado el título de *Historia modernista de España,* en el cual las referencias eruditas hacían el papel de apéndice. En efecto, «¿quién garantiza que cualquier novela deje de ser un calco de la realidad y que tal otra historia no sea un cuento?» (51).

Estas ideas estaban ya en la mente de don Manuel hacia los años 1918 y las encontramos brotando en un documento muy interesante en cuanto a sus ideas sobre historia y sus preocupaciones pedagógicas, el *Informe sobre el curso de Historia de España* de don Rafael Ballester, donde expresa su deseo de que el lector (aquí se trata de un joven escolar) lea historia en vez de novelas y alude a la necesidad de atraerle por la «singularidad ejemplar» y de remover su alma ante los problemas históricos, «ya que ellos, grandes y remotos cuanto sean, no representan sino conflictos y pasiones que deben vibrar al unísono con los del lector», añadiendo: «La historia es verdad, pero verdad viva; y así como en la creación ella no se ofrece sin el incentivo de lo bello, así el narrador debe preservarla de que muera bajo el escalpelo de la crítica» (52).

---

(48) Ibidem, pp. 7 y 8.

(49) «Retazos», p. 84. («Las primeras crónicas de la Reconquista: el ciclo de Alfonso III», en «Boletín de la Real Academia de la Historia», Madrid, 1932, t. C.)

(50) «Retazos», pp. 3-8 (véase nota 46).

(51) Ibidem, p. 5.

(52) Manuel Gómez Moreno: «Informe sobre el curso de Historia de España de R. Ballester», en «Boletín de la Real Academia de la Historia», tomo LXXIII, pp. 98-100.

Este deseo de que la historia resucite el pasado al unísono con las pasiones del lector le lleva hasta a sugerir que es mejor resuscitar únicamente lo que hace vibrar a éste, esperando que otras circunstancias más propicias vuelvan a dar vida a otros problemas:

«Debe recogerse tan sólo aquello que vive para nosotros a través del tiempo; lo demás, reléguese a los archivos en espera de que otros logren obtener más intensas reacciones de vida sobre ellos» (53). Esta actitud parece muy impregnada del vitalismo de Nietzsche y de Schopenhauer, cuya influencia fue tan grande en los escritores de la época del 98, llegando hasta Ortega y Gasset. Hay que notar también aquí otra coincidencia a propósito de esta idea de la actuación del presente sobre la Historia, y la encontramos en Azorín: «La historia cambia con las acciones y reacciones del presente; podemos decir, por lo tanto, que el pasado desciende del presente, o mejor, que el presente es quien hace el pasado. Según sintamos colectivamente, así será la historia» (54). En Azorín, esta idea llega hasta la posibilidad de un fin político: ¿quizá el conocimiento de la historia pueda evitar a los políticos muchos desvaríos y errores perjudiciales a la Humanidad? Gómez Moreno sólo se preocupa de la educación por la historia del ciudadano cualquiera, sobre todo joven: «¿Qué lee hoy de español, de nuestro, la juventud? ¿Qué evocación caldeará su sangre? ¿Cuál es, de hoy para mañana, su historia?» (55).

Reveladora de la nueva concepción de la historia que trae Gómez Moreno es la lista de nombres de figuras relevantes en el campo de la Historia de España, que cita en un informe destinado a la elección de efigies para sellos de correos, publicado en el *Boletín de la Academia de la Historia* en 1935 (56). Aparecen los siguientes nombres: «Trajano, Rodrigo Ximénez de Rada, doña María de Molina, Gil de Albornoz, los Reyes Católicos, Cardenal Cisneros, Gonzalo de Córdoba, Vasco Núñez de Balboa, Juan Sebastián Elcano, Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Jerónimo de Zurita, Juan de Mariana, Enrique Flórez, Pedro Rodríguez de Campomanes, Gaspar Melchor de Jovellanos, Mariano Alvarez de Castro, Juan Prim, Emilio Castelar, Antonio Cánovas del Castillo, Marcelino Menéndez y Pelayo».

Hay que notar que sólo cita entre los soberanos a unos que tuvie-

---

(53) Ibidem, p. 100.

(54) Citado por José Antonio Maravall en un interesantísimo artículo: «Azorín. Idea y sentido de la microhistoria», en «Cuadernos Hispanoamericanos», n.º 226-227, oct.-nov. 1968, p. 33.

(55) «Retazos», p. 85 (véase nota 49).

(56) Manuel Gómez Moreno: «Efigies de españoles célebres en el campo de la Historia, que deben ser reproducidas en los sellos de Correos», en «Boletín de la Real Academia de la Historia», tomo CVII, jul.-sept. 1935.

(57) Véase nota 29.

ron un papel importante en la evolución de la cultura o se impusieron por su firmeza de carácter en algunas épocas cruciales para España; muchos de los personajes citados tienen como característica común una fuerte heroicidad: María de Molina —mujer ejemplar—, Gil de Albornoz, Cisneros, Gonzalo de Córdoba —«El Gran Capitán»—, el grupo de los descubridores y conquistadores de América: Núñez de Balboa, Elcano, Cortés, Pizarro, o el héroe de la resistencia contra los franceses de Napoleón: Alvarez de Castro. Llama la atención el número relativamente muy elevado de historiadores, calificados luego por el autor como «principales»: Rodrigo Ximénez de Rada, Zurita, Mariana, el padre Flórez, Campomanes, Jovellanos, Castelar, Cánovas del Castillo y Menéndez y Pelayo. De ellos, muchos alternaron la tarea histórica con la acción pública. Entre las personalidades del siglo XIX se ha elegido a las que tienen la común característica de tener fama de liberales: Prim, Castelar, Cánovas.

Aquí están, pues, los maestros cuyas obras, junto con las antiguas crónicas o textos como el de Diego Hurtado de Mendoza, *De la guerra de Granada* (57) fueron las lecturas predilectas de Gómez Moreno y le ayudaron a forjar su potente personalidad de historiador, pero ésta lleva el cuño de su época y refleja sus inquietudes y preocupaciones, hasta en conceptos que no siempre fueron desprovistos de peligros, como el concepto de *Volksgeist* o espíritu del pueblo. De procedencia hegeliana, este concepto se encontraba ya en la obra de Menéndez y Pelayo, quien lo había, sin duda, recogido de su maestro Lloréns y Barba y de Laverde. Dicho concepto se encuentra también en la obra de otro escritor casi contemporáneo de Menéndez y Pelayo, aunque de ideas muy distintas, Joaquín Costa, y aparece en obras de ensayistas como Ganivet y Unamuno (58).

Al contrario de Joaquín Costa, quien en su concepto del pueblo español rechaza el aporte musulmán y hebreo privilegiando lo europeo, don Manuel, al definir lo hispánico, insiste precisamente en lo que considera como sus aspectos extraeuropeos: «Llegamos a definir acaso nuestra personalidad racial como un fondo extraeuropeo que se traduce en genialidad, exclusivismo, improvisaciones, arranques magníficos sin continuidad, sin fruto adecuado y a vueltas un instinto de anarquía individual casi, antes bien reductible a unidad más por virtud de sugestiones que de razonamientos» (59).

Para él, la característica de lo español es el anticlasicismo: «¿Y de

(58) Paul Guinard en un breve pero sugestivo artículo: «Don Manuel Gómez Moreno Martínez», en «Revue de l'Art», n.º 10, 1970, pp. 101-102, había insistido en la impregnación de don Manuel en el siglo XIX: «... Il s'est formé bien avant 98; il a défini son accent et son style propre au XIXe. siècle.»

(59) Citado por Lafuente Ferrari, art. cit. (véase nota 3), p. 307.

nuestra España, será preciso hablar mucho para convencernos de que el anticlasicismo es su fuerte? El español es el hombre descontento por excelencia; individualista y revolucionario, no para mejorar, sino en busca de posturas nuevas que justifiquen su indisciplina, su necesidad de abrir camino por donde nadie anduvo...» (60).

Aplica este concepto del espíritu de la raza a la obra de arte; así en un retablo los santos «son muy españoles, sombríos, con fuerte entonación, y especialmente realistas y de mucho espíritu los que aluden al titular» (61), y a propóito de la estatua de un rey que supone ser Ordoño II habla de «una fuerza de individualismo extraordinaria, bien diversa del aire pasivo e incipiente de la estatuaria francesa» (62). En efecto, convencido de que «fuera del área musulmana, lo español procede a saltos, y para uno de franco avance son innumerables los que representan desviaciones absurdas y retrocesos» (63), le parece que las aportaciones europeas a partir de la Edad Media alteraron las naturales cualidades españolas y que perturbaron el curso del proceso histórico posterior al milenario. Así el contenido que da al concepto de *Volksgeist* le lleva alguna que otra vez a ser algo injusto hacia lo extranjero y esto se nota sobre todo en sus estudios sobre el arte románico o gótico (Compostela y San Sernín de Tolosa, la catedral de León y lo que él llama su «exotismo ciego») y sobre el italianismo en España (así, a propósito de «aquellos escultores transhumantes, extranjeros los más de ellos, que en Salamanca, Plasencia, Alcalá, etc., iban derrochando su huera fantasía decorativa»). Se mezclan el concepto de espíritu de pueblo y el deseo de independencia de España frente a lo europeo, como se ve a propósito de San Isidoro de León y de su arte románico: «... y en los arcos muéstranse resabios moriscos, todo ello como si, una vez asimiladas las enseñanzas románicas, buscásemos aquí un desarrollo privativo» (64).

Otro punto común de Gómez Moreno con los hombres del 98 es su idea de la supremacía de Castilla y de su papel de eje nacional, supremacía que ha perdido sus bases y, sin embargo, permanece, aunque quizá sin justificación racional. Para él la «premisa con valor suficiente para hacer soberana a Castilla» es que tiene historia, que es «la historia viva de España» y cristalizó en la Crónica General de Alfonso X el Sabio, inspirada en las latinas del Tudense y de Rodrigo Toledano (65).

---

(60) «Retazos», p. 321. («De Arquitectura». Discurso de ingreso en la Real Academia de San Fernando, Madrid, 1931.)

(61) Véase op. cit., nota 41, p. 563.

(62) Ibidem, p. 242.

(63) «Retazos», p. 321 (véase nota 60).

(64) Véase op. cit. nota 41, pp. 228-296-189.

(65) «Retazos», pp. 83-84 (véase nota 49).

¿Y el proceso de la Historia? Para Gómez Moreno, el balance es pesimista, rechaza la idea de progreso aceptada por otros historiadores de su tiempo: «Abramos la historia. ¿Qué es lo carasterístico en la actuación humana a través de los siglos? El desorden permanente en la sociedad, en todas las sociedades. La vida en sí es lucha» (66). En esto se acerca otra vez a los krausistas y, desde luego, el título de su extraño ensayo *Guía de Humanidad,* publicado a raíz de los acontecimientos de 1936, recuerda mucho el título del libro de Krause *Ideal de la Humanidad para la vida,* traducido y publicado por Sanz del Río en Madrid en 1860, pero intenta conciliar aquellas ideas con un cristianismo del todo ortodoxo, insistiendo en la idea de Providencia, «una eficacia permanente y tutelar alrededor de lo humano y con perspectivas de finalidad, por encima del área fenomenal propia, armonizándolo todo» (67).

Estos no son más que apuntes todavía muy insuficientes para aproximarnos al pensamiento subyacente en la obra de Manuel Gómez Moreno, obra enorme que por sus cualidades literarias y el esfuerzo de espontaneidad y de concisión en la expresión que en ella se manifiesta, en reacción contra la prosa farragosa del siglo XIX, se emparenta una vez más con la de sus amigos literatos del fin de siglo (68). Tras la complejidad de las varias corrientes que convergen en ella quisiera haber dado idea de las posibilidades y de la necesidad de un enfoque más amplio de la cuestión del 98; en efecto, para Gómez Moreno, como para muchos más, 98 fue sólo «nuestra crisis social tan profunda de fines de siglo» (69); quedó muy afectado, sí, y se puede notar en su bibliografía como en la de varios de sus contemporáneos un hueco de algunos años, pero pronto acometió la enorme empresa de las andanzas por los pueblos castellanos en vista de la redacción de los catálogos monumentales, y allí, frente a la multitud de obras de arte y de vestigios del pasado que le salían al paso, intentó percibir el fluir de la Historia de España y la clave de su «enigma histórico», siendo sólo el desastre una peripecia exterior de aquella preocupación punzante por el problema de España y de su destino, que nos parece ser el hilo director de aquella vida ejemplar.

GENEVIEVE BARBE

9 allées de la Butte fleurie, 94260, Fresnes.

(66) «Retazos», p. 435 (véase nota 25).

(67) Ibidem, p. 433.

(68) Manuel Gómez Moreno: «El arte románico español», Madrid, 1934, p. 170: «Además, deseo sustraerme a lo que en mis tiempos se derrochaba: la literatura erudita. Para divertirse leyendo, no son lo más a propósito estas disquisiciones.»

(69) Véase nota 13.